

LA NOVELA FILM

N.º 59

30 cts.



LOS EXCAVADORES DEL INFIERNO



La Novela Film



Imp. Vda. de J. Benjún Vile
Urgel, 7.-BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96
Administración | BARCELONA

Año II

N.º 59

Los Excavadores del Infierno

(THE HELL DIGGERS, 1921)

Comedia americana, interpretada por
el malogrado artista

WALLACE REID

y la gentil estrella

LOIS WILSON




Paramount Pictures Corporation ■

EXCLUSIVA DE

SELECCINE, S. A.

Ronda de la Universidad, 14, entre, - BARCELONA

Prohibida la
reproducción



Los excavadores del infierno

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

La historia de la lucha por el oro ha sido eterna en el mundo. Desde los tiempos más remotos, los hombres, convertidos en topos, han escarbado y anidado las entrañas de la tierra con las herramientas más rudimentarias, desafiando a la muerte.

La pintoresca e individual aventura de ayer, ha sido reemplazada por las grandes organizaciones modernas.

En los fértiles valles de California, en los cuales la tierra contiene partículas del codiciado metal amarillo, los monstruos modernos avanzaban lentamente, convirtiendo la pintoresca campiña en pedregales desolados.

Teddy Darman, ingeniero constructor de la

Compañía, era inventor de la nueva excavadora gigantesca, la más terrible de la flota en servicio, que hacía por sí sola cuatro kilómetros cuadrados diarios.

Sin embargo, sus actividades destructoras no habían endurecido del todo el corazón del ingeniero, quien aún guardaba algo de él para una gentil flor del campo: Dora Wade.

Un día, la pareja se encontró en el valle, y Dora, con mucho pesar, habló con Teddy acerca del disgusto por que pasaba su padre.

—¡Pobre papá! Ha perdido el pleito que entabló para impedir que tus malditas excavadoras continuasen su obra destructora.

—No te enfades, mujer. Eso quiere decir que no he perdido mi empleo todavía...

—¡Pero, Teddy! ¿Cómo es posible que veas esto con tanta indiferencia? ¿No ves que tus horribles excavadoras están convirtiendo nuestro hermoso valle en un desierto?

—¿Qué culpa tengo yo? ¿No comprendes que yo no soy más que un empleado a las órdenes de la Compañía?

—Tú tienes mucha culpa, Teddy. Tú eres el ingeniero constructor de la Compañía... ¿Por qué no inventas una excavadora que deje los terrenos tal como estaban antes?

—Siempre volvemos a lo mismo... No pienses más en eso, Dora.

—Es que no puedo olvidarlo, Teddy. Tú eres

como las excavadoras que construyes... Un destructor como ellas...

—¿Conque yo también soy un excavador del infierno? Así es como nos llama tu padre.

—Sí. Tú también. Yo estoy muy entizada contigo.



—¿Qué culpa tengo yo? ¿No comprendes que no soy más que un empleado a las órdenes de la Compañía?

—Pero, mujer...

—No me detengo ni un minuto más. Yo soy hija de mi padre... y tú eres su enemigo.

—¿Yo?

—¡Tú, tú! ¡Oh! ¿Por qué no me saliste ar-

quitecto, en vez de hombre de cálculos peli-groso?

—¿Para qué? ¡Acaso para construir casitas y venderlas en la feria de Santa Lucía a los chiquillos, con figuritas y todo?

—¡Tonto!

—¡No te vayas, Dora!

—Te he dicho que estoy muy enfadada, y te lo quiero demostrar. Adiós.

—Bueno, mujer; adiós...

Mientras los dos prometidos en secreto se separaban, marchándose molesta Dora y quedándose tristemente en contemplación de ella Teddy, en las oficinas de la Compañía, los directores de la misma: Gaspar Masters, gerente general, y Silvestre Rennio, presidente y primer accionista, se regocijaban por el buen éxito obtenido en el Senado, y proyectaban ensanchar la esfera de sus actividades.

—... y ahora que hemos derrotado a todos, incluso a ese viejo Wade, podremos comprar todos los terrenos que queramos. Y les enseñaré a no meterse en mis asuntos. Antes de terminar, revolveremos toda la tierra del Valle de los Cerezos, hasta el último rincón—decía Masters, que odiaba al más importante agricultor de dicho valle, porque era enemigo mortal de la Compañía Continental.

El más inofensivo de todos los miembros componentes de la industria destructora, era el

cajero, Silverio Hoskins, un pobre diablo que miraba con terror a sus superiores. Su pusilanimidad contrastaba con la soberbia y rudeza de Masters, que era a quien él temía más.

Mandado llamar por orden de Masters por Silverio, Teddy se reunió con los directores de la Compañía en Consejo, los cuales dieron cuenta a los socios en general del estado de los trabajos.

—Vean ustedes... El terreno del viejo Wade se interpone entre nuestra propiedad y el resto del Valle. Será con él con quien primero tendremos que contar para continuar nuestros trabajos.

Teddy no pudo menos de decir:

—No cabe duda que les dejamos las tierras en un estado imposible... No es extraño que nos llame "los excavadores del infierno".

—¡Bah! Peor debiéramos dejárselas a esos estúpidos—respondió Masters.

Pero el viejo Juan Wade y sus convecinos no se daban por vencidos, ni mucho menos.

Bajo la presidencia del primero, los agricultores se constituían en asamblea para tratar de sus derechos propios y de los de la Compañía de las Excavadoras.

—Nosotros tenemos la sartén por el mango... Si nos negamos a venderles nuestras tierras, tendrán que ir con sus infernales máquinas a otra parte—decía Wade. Y, después de

exponer un plan:—Si todos firmamos este compromiso de no vender los terrenos, no tendrán más remedio que parar los trabajos.

Los agricultores, reconociendo inmejorable la fórmula de Wade para poner una invencible valla a la destructora Compañía, la apoyaron con su firma.

Como la asamblea de los campesinos se celebró en el local de la escuela municipal, se utilizaron los bancos y las mesitas de trabajo de los chiquillos para sentarse y firmar, respectivamente.

Uno de los agricultores, el más importante tomando por base el peso, dejó para reparaciones una de dichas mesitas, sirviendo ese accidente para poner una nota de buen humor en la seriedad de la reunión.

—Mira lo que has hecho! ¡Págame en seguida el estropicio! Ya sabes que soy el presidente de la Junta de Instrucción—dijo uno de los pueblerinos al autor de la "catástrofe".

Este, inclinándose ante la razón, aceptó la responsabilidad del desperfecto, pero...

—¿Qué es lo que haces, Drilopenazo?

—Pues ya lo *vedas*. Yo que la he *pagao*, me llevo la mesa.

—No, hombre; no fué más que una broma.

Mientras, por una parte, los agricultores levantaban la sesión, por otra parte, los directores de la Compañía Continental ya daban

como segura la buena compra de todos los terrenos.

—Y ahora que hemos vencido en el Senado, no va a sernos difícil apoderarnos de las tierras del viejo Wade—terminó diciendo Masters.

Teddy, que conocía el carácter de su futuro suegro, ponía en duda las manifestaciones del gerente.

De regreso el viejo Wade y su hija a su granja, el pequeño Enrique, nieto y sobrino de ambos, respectivamente, les salió al paso, muy enfadado.

—¡Tía Dora, esos hombres me están arruinando el huerto con sus máquinas! ¡Son unos demonios del infierno! ¿Verdad, abuelito, que no les dejaremos destruir nuestras tierras?

— ¡Claro que no, hijo!... Si tú eres valiente, verás como no les dejamos salirse con la suya.

Los directores de la Compañía volvieron a reunirse aquel mismo día, al enterarse de que el viejo Wade había logrado que los agricultores firmasen un convenio, por el cual se comprometían a no vender más tierras.

Masters estaba indignado, y en medio de su indignación, oyó como Teddy defendía a los "reheldes".

— Después de todo, no les falta la razón. Deberíamos emplear una máquina que no fuese tan destructora. Una excavadora que volviese a dejar el terreno como antes.

— ¡Ya volvemos a lo de siempre! Recuerde usted que nosotros somos mineros, y no agricultores.

— Perdonen ustedes si he insistido. Siempre que digo algo, no me guía otro interés que el de la Compañía para su que trabajo. El hecho indiscutible de ahora, es que dentro de unos cuantos meses ya no tendremos terrenos donde excavar... y que no nos queda más remedio que entrar en arreglos, o suspender los trabajos.

— Yo convenceré al viejo Wade— afirmó Masters.

Teddy marchóse del despacho de la Dirección, deseando el fracaso del gerente, ya que la concepción de los negocios de este hombre no era, a su juicio, la más razonable para salir airoso

la Compañía a satisfacción de todas las partes.

La defensa que de los agricultores se aventuró a hacer Teddy, puso sobre aviso a los directores, que le harían vigilar. Temían que el viejo Wade tratara de catequizarle.

Así las cosas—en pésimo terreno—, Teddy, entre el amor, el deber y la conciencia, y azuzado por las palabras de Dora, se desveló trazando proyectos para construir una excavadora que volviese a dejar el suelo intacto.

Con los planos listos, después de varias semanas de vigilia, Teddy pensó en entrevistar-se con Masters para proponerle la adopción de la nueva máquina en los trabajos.

Sin embargo, la reflexión le dio la seguridad de la oposición del gerente de la Compañía, y decidió hablar con su futuro suegro.

Yo quisiera ayudarle a usted, señor Wade... Déjeme que le explique...

— Si viene usted a contarme historias que sólo interesa conocer a la Compañía que le paga, pierde usted el tiempo. Mi criterio es no saber nada que se refiera a ustedes. Soy claro como el agua.

— Ya lo sé, señor Wade... Pero mi visita es particular...

— Recíbele, papá... intervino Dora, contenta de ver a Teddy en su casa.

— Bueno; ¿qué quiere usted decirme?

— Aquí tiene usted los planos de una máqui-

na excavadora que dejará la tierra intacta después de removerla.

—¿Por qué me los trae a mí? Yo no soy minero.

—Le explicaré. Masters es enemigo de mi plan; estoy convencido de que no me hace caso. Pero como lo que yo les propongo es práctico, ustedes, los agricultores, pueden obligar a la Compañía a entrar en tratos, y obtener el apoyo del Senado, que, hasta ahora, les ha sido negado.

—¿Entrar en tratos con la Compañía? ¿No será Juan Wade quien lo haga! Vea usted ese cuadro... ¡este era el mejor viñedo de la comarca! Usted sabe mejor que nadie lo que ha sido de él. Ahora, esos terrenos no parecen más que un cementerio abandonado. ¡Es horrible! No matan ustedes a la gente, pero sí sus ilusiones, que desaparecen dolorosamente en el torbellino del desastre... ¿Y es usted quien habla de entrar en tratos con los autores de ese desafuero? ¡No! ¡Jamás! Dígale a Masters que ha de costarle trabajo someterme.

—¿Le juro a usted que Masters no sabe una palabra de esto!... Se trata de una idea exclusivamente mía.

—¡Nada, nada! Yo no me fío.

De nuevo hubo de intervenir la gentil Dora.

—Teddy es un hombre sincero, papá. No es capaz de engañarte.

—¿Qué sabes tú de esas cosas, hijita!

—Sé lo bastante para emitir mi opinión sobre ellas. Yo fui quien le apuntó a Teddy la idea de construir esta nueva excavadora.



—Teddy es un hombre sincero, papá. No es capaz de engañarte.

—¡Ah! Entonces... ¿sois amigos?...

—Sí, papá... somos amigos.

—En efecto, señor Wade... mi amistad con su hija me ha llevado a complacer su idea de no

destruir como mi Compañía lo ha venido haciendo, sino perjudicar lo menos posible los terrenos por los que deba pasar la excavadora.

—*Está bien... Si es así, procuraré una vez más entenderme con Masters. Pero nada más que una vez.*



—*Está bien... Si es así, procuraré una vez más entenderme con Masters. Pero nada más que una vez.*

—Muchas gracias, y adiós.

—Gracias, amigo. De modo que, si no he entendido mal, usted no quiere que Masters sepa de quién es este proyecto, ¿verdad?

—Naturalmente. Usted, nadie más que usted,

debe saber que yo, a las órdenes de la Compañía Continental de Excavaciones, me pongo de parte de ustedes. Me va en ello mi empleo.

—Conforme.

Dora acompañó a Teddy hasta la puerta de su casa, y le murmuró, agradecida:

—*Qué contenta estoy! Seguramente, la Compañía aceptará tu plan... Y tú y papá seréis los mejores amigos del mundo.*

—*Si, Dora... Después de esto, ¿dudarás de mi amor?*

Al día siguiente, Wade y algunos agricultores se entrevistaron con Masters, a propósito del proyecto de Teddy.

El gerente de la Compañía Continental no se mostraba partidario de los agricultores, y

éstos, con la fuerza que da la unión, dieron por terminada la visita con esta frase:

—Si la Compañía no quiere construir esta excavadora, la construiremos nosotros mismos, y demostraremos al Senado que nuestro proyecto es práctico y digno del apoyo oficial. Mañana a las tres vendremos a saber la contestación.

Masters mandó avisar por Silverio, el mauso cajero, a Teddy, que le esperara a la mañana siguiente en su despacho, para hablarle antes de reunirse de nuevo con los agricultores, y, a la hora que le fué indicada, Teddy esperaba confiado.

Como Silverio le tenía cierto afecto al ingeniero, pues éste era el único que le trataba sin soberbia, de igual a igual, entró en el despacho de la gerencia a hacerle un rato de compañía.

De uno de los cajones de la mesa de Masters sacó Teddy una caja de puros, y, como si fuera suya, casi la vació de su contenido, para obsequiar pródigamente a Silverio, cuyos admirados ojillos inducían a la risa.

Luego hablaron, enterándose Teddy de lo que le interesaba saber.

—El proyecto de la nueva excavadora tiene muy preocupado a Masters.

—¡Ah! ¿Sí?

—Masters se opondrá hasta el último mo-

mento; pero, al fin, tendrá que confesar que el plan que se le propone es práctico.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Usted conoce ese proyecto?

—Sí... y le encuentro muy aceptable... Se trata de una máquina excepcional.

—Me hacen la competencia, vaya, ¿no es



—Masters se opondrá hasta el último momento; pero, al fin, tendrá que confesar que el plan que se le propone es práctico.

así?

—Es una mejora, a lo que parece, de las máquinas que usted ha construido para la Compañía.

—A ver si esos agricultores me desbancan,

demostrando que saben más que el ingeniero de la casa!

—Esa gente es muy lista. Saben defenderse, qué recorcho!... ¡Tortas! ¡Retortas! Ahí viene el gerente. Y yo que me fumaba tan pacíficamente este habano. Tome, señor Darman. Que no me encuentre aquí fumando el señor Masters.

—¿Tanto le teme usted?

—Es que...

—Vamos, Silverio, parece usted un chiquillo...

—Tome, Darman, simpático ingeniero, que yo sé que estos cigarros los ha tomado usted de una caja de Masters, y me quedo sin empleo si su propietario me echa con el cuerpo del delito.

—No tenga usted cuidado, hombre. Esos puros los paga la Compañía. Usted, que sólo hace los apuntes de las salidas de caja, es justo que alguna vez se dé el gustazo de fumarse un "María Guerrero" por cuenta de quien no pide permiso para hacerlo.

—Uno... puede pasar. Pero es que usted me ha dado doce!

—Sí, hombre; no tiene nada de particular. ¡Así le avito a usted doce viajes!

—No, no, no.

—¿Qué, no?

—Digo que... no, no está mal.

Y el bueno de Silverio no se desprendió más

que del puro encendido, escondiéndose los restantes para mejor ocasión.

Masters habló con Teddy, convencido de que éste nada sabía aún.

Wade y sus secuaces se imaginan que me tienen acorralado. Cuando haya acabado con



—Tome usted, Darman. Que no me encuentre aquí fumando el señor Masters.

ellos, vendrán a rogarme que les compremos sus terrenos... Vea usted los planos de una nueva máquina, que esos entrometidos han sometido a mi aprobación.

—Esa gente parece dispuesta a darnos guerra, con esperanzas de éxito. No de otro modo

se explica su tenacidad en llevarnos la contraria.

—Sí, ya lo sé. No obstante, no obtendrán nada. Tengo en estudio el proyecto de adelantarles dinero, con hipoteca de sus terrenos, para que construyan ellos mismos la excavadora.

—Eso, con segunda intención... claro... ¿no?

—Desde luego. Y usted se encargará de construirla...

—¿Yo?...

—... y de que no funcione nunca, ni sirva para nada.

—No está mal. Pero los agricultores desconfiarán de mí, y no querrán que la construya yo.

—Si confiarán en usted... porque ha ideado una estratagema... Cuando vuelvan luego por la contestación, nos encontrarán discurriendo... ¿Me entiende usted?

—Ya, ya...

—Yo le despediré, y usted, indigando, me dará un puñetazo en la mandíbula... No muy fuerte, ¿eh?

—Entendido. No muy fuerte...

—Y los agricultores, creyendo que la cosa va de veras, no tendrán inconveniente en confiarle a usted. ¿Estamos?

—No hay más que hablar.

—Pues, manos a la obra, que ya están ahí. Empezó la farsa.

—Usted hará lo que yo le mande, o se irá de aquí!—gritó el gerente al ingeniero.

Los agricultores se detuvieron, sorprendidos, para ver cómo terminaba aquello.

Silverio temblaba... pensando en los paños húmedos a Masters.

Teddy habló, a su vez, muy brioso:

—¡Masters, estoy cansado ya de sus impertinencias!

—Puede usted buscarse otro empleo! ¡Váyase de aquí inmediatamente!

—¡Me voy, sí, me voy!... Pero no olvide usted, Masters, que a todos los granujas les llega su hora.

Se oyó el choque del puño de Teddy con la mandíbula de Masters... y la caída del cuerpo de éste.

El más asombrado de todos era Masters. Teddy se había excedido en el final de la farsa.

Pero Masters se engañaba, pues Teddy había interpretado su papel con la mayor autenticidad del mundo.

—Así lo reveló:

—Para ser en broma, no ha estado mal el puñetazo, ¿eh? Cuando quiera hacer una granujada, procure entenderse con otro tan granuja como usted.

Masters pretendió abalanzarse sobre Teddy, mas la intervención de los empleados de la

Compañía y de los agricultores, impidió que el incidente pasara a mayor.

—Cuanto menos lo esperaba, le ha salido el tiro por la culata—prosiguió Teddy.—Ahora, voy a construir la excavadora para los agricultores, que son personas decentes. Y como volveremos a dejar los terrenos tal como los encontramos, el negocio será doblemente productivo, y la Compañía Continental tendrá que quebrar.

—Bravatas!... ¿De dónde van a sacar el dinero esos desgraciados para construirla?—mofóse Masters, ante el presidente de la Compañía, que llegó durante la desagradable escena.

—Ya lo encontraremos. Hipotecaremos las tierras—respondió Wade.

Cuando los agricultores se hubieron marchado, con Teddy al frente, el presidente pidió al gerente de la Compañía Continental una explicación de lo ocurrido.

—Usted me dijo que lo dejase todo en sus manos, y mire en qué lío nos ha metido.

—No se apure... La excavadora que van a construir, no llegará nunca a trabajar. Ya encontraremos la manera de adquirir sus hipotecas, y cuando la máquina no funcione, nos quedaremos con sus tierras.

Aquella misma noche, los agricultores se reunieron en la escuela para organizar su Compañía.

Wade presentó al hombre que les había prometido ayudarles.

—El señor Walch, presidente del Banco del Crédito Rural, está dispuesto a prestarnos el dinero necesario para construir la excavadora.

Y la clase se llenó de ensordecedores aplausos en honor de aquel hombre.



Unos meses más tarde, el proyecto de Teddy se convirtió en realidad.

La excavadora estaba lista para ser sometida a toda clase de experimentos.

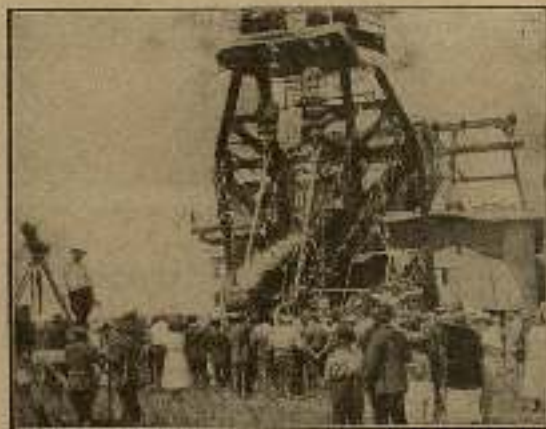
Esa máquina gigante representaba la energía de los agricultores, y sus esperanzas. En ella estaban comprometidas sus haciendas.

¡Con qué orgullo la gente del Valle de los Cerezos acudió en masa al bautizo de la nueva excavadora!

Para Teddy y Dora, particularmente, ese bautizo era como dulce presagio para su amor...

Wade pronunció un elocuente discurso.

—Con esta máquina demostraremos a los legisladores, que se han destruido sin necesidad miles de hectáreas de terreno, y echaremos de



Unos meses más tarde, el proyecto de Teddy se convirtió en realidad.

esta comarca a los excavadores del infierno.

En tanto, Masters, que no dormía, se encerraba misteriosamente en su despacho con un sujeto, de dudoso aspecto para Silverio.

—Aquí tiene usted dinamita suficiente para

volar un acorazado—dijo dicho individuo a Masters, entregándole un paquete.

—Perfectamente. Escóndase, y no se deje ver por nadie hasta la noche, en que nos volveremos a ver.

Silverio, más amigo que nunca de Teddy,



Para Teddy y Dora, particularmente, ese bautizo era como dulce presagio para su amor...

porque, como él, era partidario de la razón, se apresuró a llevarle, mientras se festejaba en el Valle el bautizo de la nueva excavadora, una carta de transcendental importancia del director del Banco del Crédito Rural, redactada así:

Apreciado señor Masters:

A continuación va anotada la lista de las hipotecas que pesan sobre los miembros de la Sociedad de Agricultores, que usted deseaba conocer antes de que la Compañía Continental se haga cargo de las mismas, como está convenido:

<i>Jon Wade</i>	<i>Dólares</i>	<i>11,500</i>
<i>Roberto Ellington ...</i>	<i>"</i>	<i>6,000</i>
<i>Frank Reardon ...</i>	<i>"</i>	<i>6,400</i>
<i>Ricardo Burton</i>	<i>"</i>	<i>6,000</i>

—De modo que Masters quiere fastidiarnos comprando las hipotecas, ¿eh? Ni aun así se saldrá con la suya la Compañía Continental. A menos que Masters tenga la intención de destruir nuestra nueva excavadora —dijo Wade al enterarse de la carta.

Como medida de precaución, se procedió a vigilar estrechamente la excavadora, no admitiéndose, de aquel momento en adelante, más visitas.

Dora y Teddy se dedicaron unos momentos a su amor.

—¡Tu nueva excavadora es una maravilla, Teddy! Papá dice que eres el hombre más grande del mundo.

—Esa maravilla te la debo a ti, Dora. No olvides que tú me diste la idea.

Y fué cayendo la tarde...

Con todos sus servidores alerta, la nueva ex-

cavadora comenzó su tarea entre las sombras de la noche.

Masters y su cómplice depositaron una bomba en el camino que la excavadora tenía que recorrer, con el cálculo de que los Cangilones de la máquina la recogerían, para estallar en el interior de la misma.

Teddy vió a ese par de bribones al punto de subir al auto en que llegaron a aquella parte del Valle, y se encaró con su ex jefe:

—¿Qué hacen ustedes aquí a estas horas?

—¿Y a usted qué le importa? Este camino es público.

Pues... procuren no salirse de él.

De pronto, el ruido infernal de la explosión de la bomba, llenó de pánico a los habitantes del Valle, que, instintivamente, acudieron al lugar donde estaba la excavadora, encontrándola humeante y notablemente perjudicada.

Dora, que temiera por la vida de Teddy, pues hasta poco antes del suceso estuvo en la máquina, se estrechó contra él delante de todos.

No hubo ningún herido grave, pero la máquina estaba inutilizada, y para reparar los desperfectos, se necesitarían por lo menos cincuenta mil dólares.

—Sin esa suma... y con los terrenos de ustedes hipotecados hasta el cuello... la Compañía Continental logrará lo que se propone, es decir, vencernos. Lo malo es que he dejado irse

a Masters... ; Pero ya le encontraré, y pronto! —dijo el ingeniero, con indignación.

—¡Calma, Teddy! ¡Las violencias no favorecen jamás a ninguna causa!—dijo Wade, oponiéndose a que fuera a buscar al presunto culpable de la desgracia.



Dora, que temiera por la vida de Teddy, se estrechó contra él delante de todos.

Pero Teddy necesitaba encontrar al miserable, y le buscó infructuosamente toda la noche.

A la mañana siguiente, en vista de que no podía dar con él, Teddy, con varios agricultores, se instaló en el despacho de Masters, di-

ciendo a Silverio que esperarían allí mismo al gerente.

Entretanto, el viejo Wade, dispuesto a dar solución a la gravedad de la situación en que le dejaba la inutilización de la excavadora, visitaba, en la ciudad, al presidente de la Compañía Continental.

Señor Rennie, creo que ahora es cuando nos tienen ustedes por completo en sus manos. Pero tienen ustedes que esperar un año al vencimiento de nuestras hipotecas, para poder quedarse con nuestros terrenos... Y, entretanto, sus excavadoras estarán paradas.

—Es cierto...

—Mis terrenos son los primeros que necesitan ustedes para seguir trabajando.

—Vaya, ya entiendo... Usted quiere asegurarse, y a los demás que les parta un rayo, ¿no es eso?

—Estoy ya muy viejo, señor Rennie, y tengo una hija a la que no quisiera dejar en la miseria. Si quiere usted quedarse hoy mismo con mis terrenos, además de hacerse cargo de la hipoteca que pesa sobre ellos, entréguese al contado cincuenta mil dólares... No rehajo ni un céntimo.

—Está bien... Le daremos a usted cincuenta mil dólares. Es un verdadero atraco, pero vale más eso que tener las excavadoras paradas todo un año.

Por el fiel Silverio supo Teddy que Masters —que se lo acababa de telefonar a aquél— se encontraba en la excavadora número 3, y tiempo les faltó a él y a sus hombres para ir a arreglarle las cuentas, consiguiéndolo, no sin oposición por parte de los operarios de la misma, que defendían a Masters, promoviéndose una reverta entre ambos bandos.

Poco antes de eso, Masters se había enterado por teléfono de la venta que Wade había concertado con el presidente de la Compañía, y su satisfacción no era poca.

Lo que convenía ahora era que Teddy no llevase su venganza personal al extremo de quitarle la vida—pensaba el miserable, sintiéndose inferior en fuerzas a él.

Avisado urgentemente, el sheriff llegó, con fuerzas a sus órdenes, a la excavadora, para restablecer la calma y proceder a las detenciones a que, en justicia, hubiere lugar.

También llegaron, en aquel momento, el presidente de la Compañía Continental con Wade, en automóvil.

Y dijo el primero:

—Señores, Wade ha vendido sus terrenos a la Compañía Continental, de modo que toda resistencia es inútil.

—¿Eso es mentira! ¿Wade no es capaz de traicionar a sus compañeros?—contestó Teddy.

—Ahora os convenceréis de que es cierto. Pregúntenselo a él mismo.

Teddy no sabía cómo explicarse la conducta de su futuro suegro, ni los agricultores tampoco.

Masters se creía ya libre, pero Teddy lanzó



Lo que convenía era que Teddy no llevase la venganza personal al extremo de quitarle la vida—pensaba el miserable.

contra él la acusación de haber colocado la bomba que destruyó en parte la excavadora.

—¡Mentira!—dijo el culpable.—Cuando estalló la bomba, estaba yo a cinco leguas de aquí... y puedo probarlo.

El asunto se complicaba cada vez más.

Afortunadamente, Silverio, el dueño de Silverio, pistola en mano, se presentaba a todos empujando delante de sí al cómplice de Masters.

Al ver a aquél, éste palideció. ¿Sería capaz de venderle?

Acosado a preguntas por el *sheriff* y el presidente de la Compañía, que no admitía la idea de la violencia, mucho menos hasta el extremo empleado por Masters, el cómplice de éste le delató.

Ni qué decir tiene que Masters y el otro fueron detenidos y encarcelados, como se merecían.

Teddy, descorazonado por lo hecho por Wade, murmuró:

—Si no nos hubiese usted traicionado, aun podríamos haber hecho algo.

Dora, sonriente, reveló la verdad:

—¿Pero no comprendes que mi padre ha hecho eso, porque era la única manera de conseguir los cincuenta mil dólares que hacen falta para reparar la excavadora?

—¿Ah! ¿De veras? ¡Venga un abrazo!

El presidente de la Compañía Continental, no menos sorprendido, estrechó la mano de Wade, diciéndole:

—Wade, es usted un hombre honrado... Mi Compañía hará las reparaciones necesarias en

su nueva excavadora... Y cuando esté lista, trabajaremos todos juntos.

—¿Cómo?

—Sí, Wade, sí... Y para probarle que estoy dispuesto a cumplir lo que le digo, quiero que Teddy Darnian sea desde hoy mi nuevo geren-



—... quiero que Teddy Darnian sea desde hoy mi nuevo gerente general. ¿Acepta usted, Teddy?

te general. ¿Acepta usted, Teddy?

—Con el mayor agrado, señor Rennie.

Luego, Dora y Teddy se aislaron, y quedó concertada la boda, que sería un acontecimiento en el Valle de los Cerezos.

—Mi querida Dora, no hay nada mejor como el saberse amado, después de haber hecho la felicidad de los demás. A ti te deho esta inigualable satisfacción.

—A mí, no, Teddy... a nuestro amor. Dichosa yo que por él he sabido hacerte mio.

—¡Mi Dora!

—¡Mi Teddy!

FIN

Revisada por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

LA SENTIMENTAL NOVELA

*Lecciones de
la vida*

PROTAGONISTA
ANA FORRESTT

40 Páginas

10 Fotografías

PRECIO 30 CTS.

POSTAL - REGALO

RUTH ROLAND

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.

Colecciones completas y números
sueltos atrasados a precios corrien-
tes de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S. A.
Barbarr, 18 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los kioscos de España

NUMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-REGALO
1	Los Gogues y Santa Anna	El joven Medonte
2	Los dos rigurosos	El Pequeño de Santa
3	Pequeña Pequeña	La Reina
4	Los cuatro (huérfanos del apocryph)	Los reclusos de la mujer
5	Los cuatro de los hombres ricos	Pequeña Impedimento
6	Beating El Negro	Mary Richard
7	La mujer del conde	Thomas Morgan
8	Heliotropo	Bob Carlisle
9	Carmen Armenta	Ameyor Mrs. Jean
10	Por la puerta de hierro	Chel Clayton
11	Manuelito	Charles Ray
12	El Andamio	Patricia Morris
13	Cómo vino los niños	Thomas Richard (Baby)
14	La hija de la noche	Gold Brown
15	Por dentro a su madre	William Bell
16	Agustín del destino	Lawrence Leonard
17	El niño prodigio	William T. Hart
18	Los Niños Menes (Episodio)	Mary Miles Martin
19	La historia de un hombre	Justin Tappan
20	El crimen del Millonario Polak	Boris Carr
21	La esposa invisible	Donald Harris
22	El secreto profesional	Harold Howard
23	En casa a la noche	Richard Kewfoss
24	(Pequeña historia de un hombre)	John Wilson
25	El niño del amor fraterno	Antonia Hanna
26	El destino	Paula White (Perla Blanca)
27	El destino del niño	William Foreman
28	El niño (Episodio)	Joseph Phillips
29	El niño del destino	George West
30	El niño de la noche	Agnes Ayres
31	El niño de la noche	Augusta Richards
32	El niño de la noche	Constance Toland
33	La Madrugada	Estelle Perkins
34	La Madrugada	Harley Mann
35	La Madrugada	J. Warren Harrison
36	La Madrugada	Patricia Richards
37	La Madrugada	Agnes Ayres
38	La Madrugada	Paula White
39	La Madrugada	William Foreman
40	La Madrugada	Joseph Phillips
41	La Madrugada	George West
42	La Madrugada	Agnes Ayres
43	La Madrugada	Augusta Richards
44	La Madrugada	Constance Toland
45	La Madrugada	Estelle Perkins
46	La Madrugada	Harley Mann
47	La Madrugada	J. Warren Harrison
48	La Madrugada	Patricia Richards
49	La Madrugada	Agnes Ayres
50	La Madrugada	Paula White
51	La Madrugada	William Foreman
52	La Madrugada	Joseph Phillips
53	La Madrugada	George West
54	La Madrugada	Agnes Ayres
55	La Madrugada	Augusta Richards
56	La Madrugada	Constance Toland
57	La Madrugada	Estelle Perkins
58	La Madrugada	Harley Mann
59	La Madrugada	J. Warren Harrison

¿Ha comprado usted ya el séptimo volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA DE LA NOVELA FILM

LA CANCIÓN DE LA HUÉRFANA?

Último libro de nuestra popular
BIBLIOTECA FEMENINA

Portada a tricromía 112 páginas
Profusión de fotografías Precio 1 pta.

Lea V. esta novela y la releerá

¡ÉXITO! ¡ÉXITO! ¡ÉXITO!

Recuerde los números anteriormente publicados:

- La Mendiga de San Sulpicio
- La Madona de las Rosas
- Los Diez Mandamientos
- Honrarás a tu madre
- La Novela de una Obrera
- El hijo del mercado

En interés de usted,
lector, le recomendamos
de nuevo la
adquisición de

LA CANCION
— DE LA —
HUERFANA



